

UNA PEQUEÑA “CIBELES” EN ERRETERIA: LA FUENTE DE LA CALLE CAPITANENEA

Lourdes Odriozola Oyarbide

El agua, un tema de gran actualidad en nuestros días, también lo fue, aunque nos pueda parecer mentira, en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia, entre otros factores, del crecimiento demográfico y la expansión económica que vivió el País Vasco. Y Errenteria no fue una excepción.

El desarrollo industrial que experimentó Errenteria a partir de los años centrales del mil ochocientos tuvo como una de sus consecuencias más inmediatas un crecimiento acelerado de su población urbana. Así Miguel Barcenilla en su monografía *La pequeña Manchester. Origen y consolidación de un núcleo industrial guipuzcoano. Errenteria (1845-1905)* cifra este aumento, nada más y nada menos, que en un 164% entre 1842 y 1871, y en un 277% de 1871 a 1901.

Paradójicamente, este espectacular crecimiento demográfico no estuvo acompañado de una gran expansión de la superficie ocupada por las viviendas en el casco urbano, aunque sí, del número de hectáreas del suelo industrial. Los libros de actas del Ayuntamiento recogen numerosos ejemplos de la solicitud y concesión o denegación de licencias para acometer obras en las casas para construir en ellas nuevas plantas a lo alto o para dividir las viviendas existentes a fin de poder acoger a otras familias. No obstante, ello no quiere decir que en nuestra localidad no hubiera nuevas zonas urbanas. Éstas existieron siendo, quizá, la más importante de todas ellas la circunscrita alrededor del eje marcado por la nueva carretera de coches abierta al tráfico el año 1847. Las casas levantadas en este enclave lo hicieron a ambos lados de la calle, denominada en aquella época de la Carretera, y conocida desde 1903 hasta nuestros días, como calle Viteri.

Paralelamente, las autoridades municipales comenzaron a dar nuevos servicios a su vecindario, entre ellos, el abastecimiento de agua potable. Los vecinos del casco urbano pudieron disfrutar de agua potable gracias a la captación que se hizo del manantial de Sabara que alimentaba el lavadero y la fuente construidos con este fin en el Arrabal.

En la década de 1870 se puso en evidencia la incapacidad que tenía la vieja fuente del Arrabal para suministrar toda el agua que necesitaban los cada vez más numerosos erreterriarras. Ante esta circunstancia, el Ayuntamiento buscó nuevos manantiales para satisfacer la demanda de agua, tanto para usos domésticos como industriales. El resultado de sus pesquisas y gestiones fue la obtención de la concesión del caudal del manantial pasaitarra de Arrarte. Asimismo, además de buscar los medios de financiación para llevar a cabo la nueva infraestructura, construyó nuevas fuentes en el centro de la Villa, siendo una de ellas la protagonista de este artículo.

En la primavera o comienzos del verano de 1872 encomendó al ingeniero Francisco Lafarga la realización del diseño de una fuente para colocarla en el espacio triangular que existía entre la calle de Capitanenea, la “carretera general” (actual calle Viteri) y la acera que lindaba con la casa de Ramón Olaciregui. Lafarga hizo el boceto de una fontana ornamental, que no sería exagerado calificarla de espectacular para aquellos tiempos.

Lafarga propuso colocar en el espacio triangular de esta pequeña plaza un pilón circular de seis metros de diámetro en cuyo centro iban ubicados los surtidores o chorros de agua que salían de un basamento que, en forma de peñasco, sostenía a una estatua de metal, la

cual representaba de manera alegórica a la industria afincada en el municipio. El conjunto se completaba con el cerramiento del pilón por medio de un murete con su barandilla de hierro decorativa, la colocación de bancos de piedra en los ángulos que daban a la parte de la carretera, y el emplazamiento en el ángulo opuesto de una fontana de chorro discontinuo para el servicio ordinario del vecindario. Alrededor de ella dispuso la colocación de pequeños jardincillos que, además de no afean en nada a la fuente, la protegían y permitían una mejor conservación de la verja de hierro.

Los registros para las llaves de los surtidores iban colocados entre el pilón de la fontana ornamental y la "fuente de vecindad". Fueron dispuestos de tal manera que en unas ocasiones podían alimentar tan sólo a uno de los surtidores proporcionando al agua una gran altura y en otras, a los cuatros chorros que manaban a los lados de la escultura metálica. Igualmente, ofrecían la posibilidad de poder combinar estos juegos entre sí o cualesquier otros que se estimaran convenientes añadir poniendo, en este supuesto, nuevas salidas a los grifos.

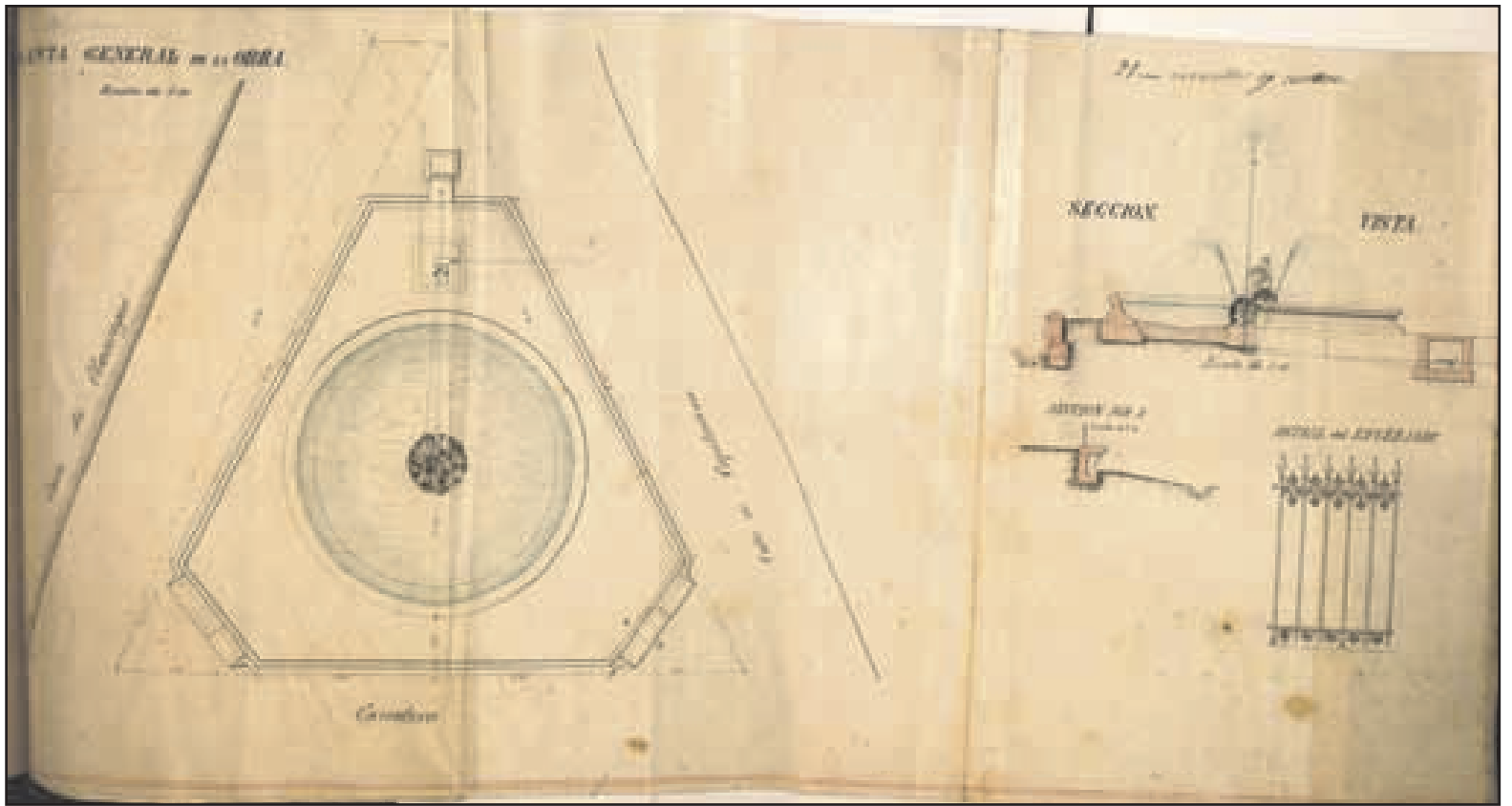
Por su parte, el desagüe del pilón de la fuente iba conectado con la alcantarilla general situada en sus inmediaciones por medio de "alcanduces" de hierro y barro.

En cuanto a los materiales constructivos a emplear en la fuente, además del metal de la escultura, en el proyecto se proponía la utilización de piedra de Archipi para el contorno de la pila, el hormigón hidráulico para el fondo de éste y la mampostería de piedra ordinaria para sus cimientos. Por lo que al registro y la caja de distribución con sus llaves respectaba, éstos serían de bronce.

El presupuesto de la fuente diseñada por Francisco Lafarga ascendía a la suma de 6.874 reales y 37 céntimos, cuyo detalle es el que recogemos en la tabla siguiente

Medición	Concepto	Importe (en reales)
8'90 m ³ .	Mampostería ordinaria para los muros del contorno, a 35 reales	241'50
23 m.	Chapa de arenisca para la coronación del muro de recinto, a 50 reales	230'00
23 m.	Verja de hierro dulce para el recinto, a 60 reales	1.830'00
4'33 m ³ .	Sillería de piedra de Archipi para el pilón, a 300 reales	1.299'00
519 m ³ .	Mampostería ordinaria para los cimientos del pilón, a 35 reales	181'65
7'20 m ³ .	Hormigón para el fondo del pilón, a 60 reales	432'00
	Estatua y basamento rústico para la misma	1.100'00
	Registro para el sistema hidráulico	600'00
	Tubos, cajas y llaves del sistema hidráulico y surtidores	640'00
	Dos bancos	220'00
	Explanación y jardincillos	350'00
	Suma	6.674'15
	Imprevistos 3%	200'22
	Total	6.874'37

El proyecto de Lafarga fue aprobado y asumido en su totalidad por los corporativos, por lo que el siguiente paso fue sacar a subasta pública todas las obras descritas para que fueran adjudicadas al mejor postor. La pública almoneda tuvo lugar el 1 de septiembre de 1872 bajo la presidencia de Eusebio Urrutia (alcalde accidental), quien estuvo acompañado del síndico procurador del Ayuntamiento Timoteo Arizmendi y del notario Teodoro Gamón.



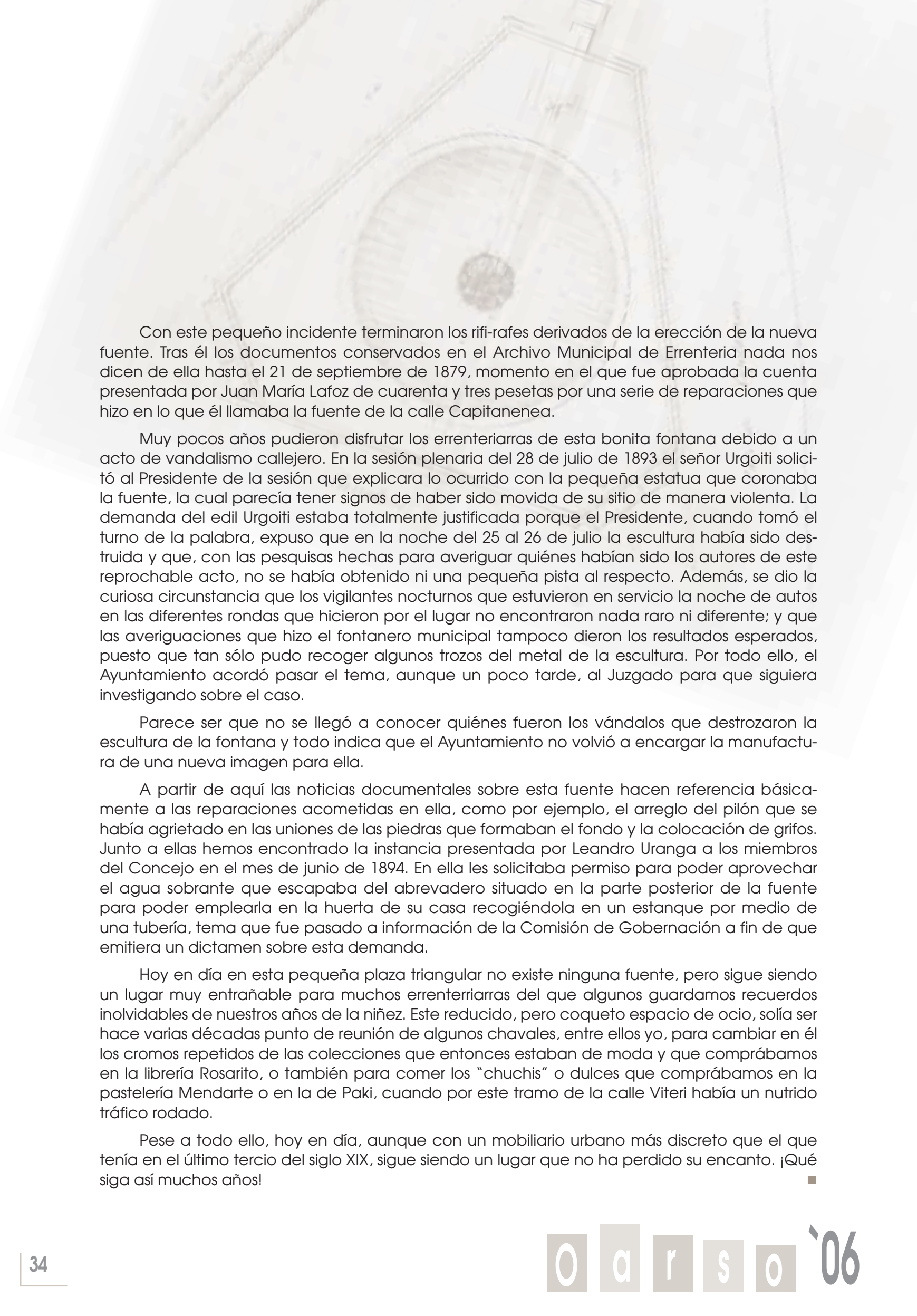
Archivo Histórico de Protocolos de Gipuzkoa: 3/3066. fol. 99r

El acto comenzó con la lectura de la memoria y presupuesto del ingeniero Lafarga, y continuó con la exposición del plazo de ejecución y el modo en el que se iba a verificar el pago de todos los trabajos. En concreto, el señor Urrutia manifestó que el adjudicatario contaría con dos meses, contados desde la fecha de la celebración de la puja, para la conclusión de la fuente y que el abono de la misma se haría en un pago una vez que ésta estuviera totalmente acabada.

Expuestas las condiciones de la puja dio inicio el acto de la almoneda propiamente dicho encendiendo una vela. Después de haberse ardido y consumido varias velas, tan sólo se presentó una propuesta: la del lezotarra Juan José de Olasagasti. En su oferta se comprometía a cumplir todas las cláusulas de la subasta, a acatar cada una de las instrucciones que recibiere del Director de la obra y a ejecutar todos los trabajos por la suma de 1.668 pesetas y 51 céntimos. Vista su proposición y habiéndose ratificado Olasagasti en ella, se acordó en este mismo acto adjudicarle la construcción de la fuente en las condiciones, calidades y precio expuestos.

Todo hace pensar que la fábrica de la fuente transcurrió de acuerdo al plan previsto. Sin embargo, ello no significa que la ejecución de esta fuente no estuviera exenta de problemas, puesto que éstos, aunque relativamente pequeños, existieron. En la sesión de Ayuntamiento celebrada el 14 de septiembre de 1873 los cargohabientes tuvieron conocimiento de la cuenta de 119 pesetas y 62 céntimos que Pedro de Lecuona presentó de los materiales suministrados para la recomposición de las calles y la fuente diseñada por Francisco de Lafarga. Estudiado su contenido, la Corporación declaró que las partidas referentes a la nueva fuente de Lafarga debían ser abonadas al rematante de la misma. No obstante, antes de tomar una decisión en firme, acordaron solicitar explicaciones a los señores Lecuona y Lafarga y una vez recabadas, adoptar una decisión a este respecto.

Tres meses más tarde, Juan José de Olasagasti reclamó a los miembros del nuevo Ayuntamiento el abono de los intereses del último plazo de la fuente. Las nuevas autoridades municipales desconocedoras de la letra pequeña o detalle de la obra, solicitaron a los cargohabientes salientes todos los informes y documentos que tenían sobre las condiciones de la contrata. Estudiados unos y otros, desestimaron la pretensión del señor Olasagasti debido a que el Ayuntamiento no había contraído semejante obligación.



Con este pequeño incidente terminaron los rifeos derivados de la erección de la nueva fuente. Tras él los documentos conservados en el Archivo Municipal de Errenteria nada nos dicen de ella hasta el 21 de septiembre de 1879, momento en el que fue aprobada la cuenta presentada por Juan María Lafoz de cuarenta y tres pesetas por una serie de reparaciones que hizo en lo que él llamaba la fuente de la calle Capitanenea.

Muy pocos años pudieron disfrutar los errenteriarros de esta bonita fontana debido a un acto de vandalismo callejero. En la sesión plenaria del 28 de julio de 1893 el señor Urgoiti solicitó al Presidente de la sesión que explicara lo ocurrido con la pequeña estatua que coronaba la fuente, la cual parecía tener signos de haber sido movida de su sitio de manera violenta. La demanda del edil Urgoiti estaba totalmente justificada porque el Presidente, cuando tomó el turno de la palabra, expuso que en la noche del 25 al 26 de julio la escultura había sido destruida y que, con las pesquisas hechas para averiguar quiénes habían sido los autores de este reprochable acto, no se había obtenido ni una pequeña pista al respecto. Además, se dio la curiosa circunstancia que los vigilantes nocturnos que estuvieron en servicio la noche de autos en las diferentes rondas que hicieron por el lugar no encontraron nada raro ni diferente; y que las averiguaciones que hizo el fontanero municipal tampoco dieron los resultados esperados, puesto que tan sólo pudo recoger algunos trozos del metal de la escultura. Por todo ello, el Ayuntamiento acordó pasar el tema, aunque un poco tarde, al Juzgado para que siguiera investigando sobre el caso.

Parece ser que no se llegó a conocer quiénes fueron los vándalos que destrozaron la escultura de la fontana y todo indica que el Ayuntamiento no volvió a encargarse de una nueva imagen para ella.

A partir de aquí las noticias documentales sobre esta fuente hacen referencia básicamente a las reparaciones acometidas en ella, como por ejemplo, el arreglo del pilón que se había agrietado en las uniones de las piedras que formaban el fondo y la colocación de grifos. Junto a ellas hemos encontrado la instancia presentada por Leandro Uranga a los miembros del Concejo en el mes de junio de 1894. En ella les solicitaba permiso para poder aprovechar el agua sobrante que escapaba del abrevadero situado en la parte posterior de la fuente para poder emplearla en la huerta de su casa recogéndola en un estanque por medio de una tubería, tema que fue pasado a información de la Comisión de Gobernación a fin de que emitiera un dictamen sobre esta demanda.

Hoy en día en esta pequeña plaza triangular no existe ninguna fuente, pero sigue siendo un lugar muy entrañable para muchos errenteriarros del que algunos guardamos recuerdos inolvidables de nuestros años de la niñez. Este reducido, pero coqueto espacio de ocio, solía ser hace varias décadas punto de reunión de algunos chavales, entre ellos yo, para cambiar en él los cromos repetidos de las colecciones que entonces estaban de moda y que comprábamos en la librería Rosarito, o también para comer los "chuchis" o dulces que comprábamos en la pastelería Mendarte o en la de Paki, cuando por este tramo de la calle Viteri había un nutrido tráfico rodado.

Pese a todo ello, hoy en día, aunque con un mobiliario urbano más discreto que el que tenía en el último tercio del siglo XIX, sigue siendo un lugar que no ha perdido su encanto. ¡Qué siga así muchos años!